

RESUMEN DE LA OBRA DE UNAMUNO: NIEBLA

En el **primer capítulo** se nos habla de Don Augusto Pérez, un hombre singular y cotidiano, que un día de lluvia sale a la calle para pasear. A partir de ahí, se fija en una mujer que caminaba por enfrente y la sigue hasta llegar a un portal donde se encuentra la portera de su correspondiente edificio, Margarita. Augusto, había quedado fascinado al ver aquella hermosa mujer, y le preguntó todo lo que pudo a la portera sobre la vida de la otra mujer: ella se llamaba Eugenia Domingo del Arco, daba clases de piano, vivía con sus tíos, porque era huérfana y vivía en la avenida de la Alameda, nº 58.

Ya en el **segundo capítulo**, Augusto vuelve a su casa donde es recibido por su criado Domingo, que le llama de señorito. Durante toda la mañana quédase en su gabinete donde fantaseó sobre la mujer en la que se había fijado: cómo se llamarían sus hijos de apellido, cómo harían la boda..., en fin, que ya había vendido veinte pieles de oso y todavía ni siquiera los había cazado. Se quedó un poquito dormido y luego despertó al tiempo que tomó su almuerzo. Regresó a su gabinete donde se puso a escribir una carta a la mujer que todavía no conocía. Al término, regresó a la Avenida donde vivía Eugenia y se cruzó con ella sin darse cuenta de ello, aunque ella sí se fijó en él. Ignorante, Augusto se dirigió al portal de Eugenia, donde se volvió a encontrar con Margarita, la portera, a la cual le siguió preguntando cosas acerca de la vida de Eugenia. Augusto se enteró de que ya tenía otro pretendiente, al cual decretó su lucha por conquistarla.

En el **tercer capítulo**, Augusto marcha al casino donde se encuentra con su amigo Víctor y donde se disponen como todos los días a jugarse la tradicional partida de ajedrez. Pero hoy, no es un día normal, porque Augusto se distrae meditando sobre Eugenia y multitud de cosas más, mientras juegan al ajedrez ambos dos. Augusto, sin embargo, es un filósofo conspicuo, que le gusta mucho el ajedrez y el propio maestro de su amigo Víctor. Éste último le nota algo raro a su amigo, el cual le pregunta qué le pasa. Augusto le relata todo acerca de la mujer de la que se ha enamorado y que él ni siquiera conoce. Víctor dice conocerla, y al terminar la partida, con victoria de éste, éste dice en tono guasón el nombre de Eugenia con diminutivo.

Adentrándonos en el **cuarto capítulo**, vemos cómo Augusto regresa a su casa meditando sobre los diminutivos y la niebla del amor, en el que llega a la conclusión de que la vida es una niebla y que no se conoce nada que no se haya querido antes. Llega a casa, se mete en su cuarto y empezó a pensar sobre el matrimonio entre Eugenia y él.

Muchas noches, solían jugar Augusto y su criado Domingo una partida al tute. Una noche de aquellas, durante la mitad de la partida, Augusto, ante la atenta mirada de la mujer de su criado (la cocinera Liduvina), le preguntó cosas acerca de su matrimonio, llegando a la conclusión de que es más fácil casarse que ser casado. Augusto, mencionó a su madre, que le dijo antes de morir que debía traer a casa una mujer que viviera con él y supiera llevar bien los negocios de la casa. Y luego comenzó a hablar sobre su Eugenia, la cual era conocida también por su cocinera Liduvina. Más tarde acudió a su cama donde se acostó con la intención de soñar con Eugenia.

El **quinto capítulo** comienza con el despertar de Don Augusto tras oír al chaval que traía *La Correspondencia*. Estuvo un poco pensando sobre su Eugenia y luego marchó a la calle. Se dirigió hacia el edificio donde vivía y se encontró con Margarita la portera, con la que estuvo charlando. Ésta le comunicó que ella ya tenía novio, pero muy valiente, prometió vencerle para conquistar a Eugenia. Tras la conversación entre ellos dos, Augusto marchó a la alameda, con la intención de refrescar sus pensamientos. Estuvo recordando la juventud y la forma de ser de su madre y muchas de las cosas que ella le decía antes de morir. Augusto mencionaba la gran cantidad de cosas que aprendió con su difunta madre. Tras estos pensamientos melancólicos, vio un arbusto moverse misteriosamente, acudió a él y vio un pobre cachorrito que recogió para llevárselo, porque le daba mucha lástima. Lo llamó Orfeo.

En el **sexto capítulo**, Augusto se dirige a la casa nº 58 donde vivía Eugenia, estuvo un poco meditando cuando de pronto, se asomó una mujer por el balcón que, intentando colgar la jaula de su pajarito, desafortunadamente, se le cayó. Augusto la recogió y entró en casa de dicha mujer invitada por ella misma a tal fin. Esta mujer, llamada Ermelinda, era la tía de Eugenia casada con Don Fermín, hombre anarquista y de personalidad contradictoria, que defendía la mayoría de cosas que en aquellos tiempos eran una barbaridad. Augusto se presentó a ambos, y se quedaron hablando sobre Eugenia y la buena pareja que formarían Augusto y ella. Don Fermín y Ermelinda, su mujer, querían que su sobrina se casara con él porque Augusto era un hombre de gran capital.

El **capítulo séptimo**, según mi opinión, es algo melancólico, porque en él Augusto trata de descifrar el misterio de la vida y la eternidad después de la muerte aludiendo a la vez al amor que tiene con Eugenia. Piensa que ya es un hombre que tiene un fin concreto en la vida, conquistar a su amada, algo que antes no tenía. Cree que el amor que tiene desembocado con Eugenia es como una lluvia bienhechora, suave, que sirve para regar la cosecha que no ha podido ser regada durante semanas. Todo esto lo piensa teniendo en manos a su cachorrito Orfeo, con el que conversa.

En el **octavo capítulo**, Augusto marcha a casa de los tíos de Eugenia e invitado por ellos para conocer a su amada. Estuvieron un rato charlando sobre la formación de las parejas amorosas, cuando de pronto sonó el timbre y entró Eugenia. Augusto no paró de contemplar aquellos majestuosos y brillantes ojos. Conversaron sobre cada uno (si a Eugenia le gustaba la música, que no era así, donde trabajaba...) hasta que empezaron a hablar sobre la hipoteca, lo cual hizo enfadar a Eugenia que se metió en su cuarto, porque era muy baja. A pesar de todo, Augusto estaba más feliz que antes al haber conocido tan enorme hermosura, y declaró ante los tíos de Eugenia que haría lo posible por conquistarla. Se fue a casa donde fue recibido por su cachorrito. Entró y se quedó hablando con Liduvina, su criada, la cual le notó una buena cara.

Un día después, en el **noveno capítulo**, Eugenia se dirigió a un cuchitril donde se encontraba su novio Mauricio, al cual le dio conocimiento de la existencia de Augusto, el cual iba detrás de ella. Eugenia decía que no le soportaba. Además, estuvieron charlando sobre lo económicamente mal que iban ambos dos, porque estaban pensando en casarse, pero, al no tener trabajo Mauricio y Eugenia tener algo que no le gustaba (clases de piano), creían que esto no podía seguir así. Se dieron un beso y, después de decirle Eugenia que buscara lo antes posible un trabajo, se despidieron.

En el **décimo capítulo**, sigue Augusto meditando sobre su Eugenia querida, a la misma hora que tuvo lugar el capítulo anterior y dirigiéndose a la vez al casino para reunirse con su amigo Víctor, y pensaba de distinta forma a como lo había hecho antes de la anterior visita a casa de los tíos de Eugenia. Pensaba que tenía los ojos más abiertos que antes y que era distinto. Algo que no le pasaba antes, ahora sí le pasaba: cada mujer que veía le parecía una hermosura. Vio cuatro mujeres que siguió y que les pareció verdaderas bellezas. Luego se encontró con Víctor, y Augusto le explicó lo enamorado que estaba de ella, pero Víctor le bajó los humos porque le invitó a que meditara si de verdad estaba él enamorado de Eugenia, si estaba chalado físicamente por ella. Él recapacitó y pensó que estaba enamorado nada más que de conciencia. Se quedó entonces con la pregunta de que si estaba de verdad enamorado de verdad de Eugenia. Regresó a su casa y charló con su cocinera Liduvina, la cual le dio un argumento similar.

Comenzamos el **undécimo capítulo** cuando Augusto se dirige de nuevo a casa de Doña Ermelinda y Don Fermín, los tíos de Eugenia. Entró y, después de quedarse un ratito solo, vino Eugenia, avisada por la criada. Augusto se puso histérico por momentos e hizo actos de locura: no paraba de piroppear a Eugenia, gritaba su nombre, le pedía perdón a ella sin saber por qué... y estuvieron conversando sobre su novio y si de verdad la quería. Unos instantes después vinieron los tíos de Eugenia y se encontraron con la sorpresa de Augusto, que estaba allí. Eugenia se metió en su cuarto y quedaron sus tíos y Augusto charlando sobre la ya mencionada Eugenia. Augusto, pensando hacer un acto de heroicidad, les comunicó que iba a pagar la hipoteca de la casa que entonces, ellos no tenían dinero para tal fin.

En el **duodécimo capítulo**, Augusto se encuentra en casa cuando Liduvina le avisa que había venido la mujer del planchado. Ésta entra a su habitación y Augusto se le queda mirando. Le dice a ella, que no se había dado cuenta antes de lo guapa que era. Se llama Rosario. Augusto le explicó el problema que padecía, que no sabía lo que le pasaba, porque esa mujer (Eugenia) que no le quería le abrió los ojos. Rosario lloró por momentos, hasta que los dos se juntaron y quedaron abrazados. Fue un momento muy especial para los dos. Cuando ésta se fue, Augusto salió de la habitación y se quedó hablando con Liduvina, que los había visto, la cual le hizo comprender que él estaba verdaderamente enamorado de Eugenia.

A la mañana siguiente, cuando comenzaba el **decimotercer capítulo**, estaba Augusto en la cama cuando de pronto le llamó Liduvina informándole de que había llegado una mujer que quería hablar con él. Se vistió rápido y se arregló deprisa. Eugenia había venido para pedir explicaciones sobre el pago de la hipoteca por parte de Augusto. Ella llegó a la conclusión de que él había realizado tal acto con el fin de conseguirla. Ella se enfadó y marchó a casa. Augusto necesitaba despejarse y se fue a la Iglesia de San Martín. Se sentó en un banco y tras pensar con su madre, se encontró con un viejo amigo, Don Avito Carrascal, y estuvieron charlando sobre la vida de cada uno: Avito era un hombre casado que no conoció madre y que descubrió lo que es tenerla cuando se casó con su mujer, su único hijo se suicidó y le dijo a Augusto que lo que de verdad debía hacer era casarse para conseguir a su madre de nuevo.

En el **decimocuarto capítulo**, encontramos a Augusto, que después de haber charlado con Don Avito, se dirige al casino para jugar al ajedrez con Víctor. Éste estaba desorbitado, y muy desconcertado. Augusto le preguntó qué le pasaba y Víctor le empezó a contar una historia muy larga diciéndole a la vez que estaba en una situación grave: se casó muy joven y él y su mujer estuvieron intentando obtener durante mucho tiempo un hijo, pero no lo conseguían, y como consecuencia de ello, venían las peleas y discusiones. Viendo que no podían, decidieron adoptar un perrito, pero un inesperado día, tragó un hueso que le encasquilló en la garganta y lo mató. A partir de ahí, decidieron vivir como unos solterones arrimados, pero justo cuando lo estaban pasando en su momento óptimo, su mujer queda embarazada. Para ellos esto suponía un problema grave, e incluso Víctor se barajó la idea de darle el niño a Augusto. Después de la extensa charla entre ellos dos, marcharon, y Augusto se fue a casa.

El **decimoquinto capítulo** comienza cuando Doña Ermelinda le preguntó a su sobrina qué era lo que había hecho. Ésta, segura completamente de lo que había hecho, le dijo que Augusto era un hombre que se quería aprovechar de ella. Doña Ermelinda insistía en que ella tenía que casarse con Don Augusto porque era lo mejor para sí misma. Pero Eugenia estaba tan enfadada con él que no quería oír ni siquiera mencionado su nombre. Ella no podía consentir que un hombre que apenas tenía que ver en su vida le pagase la hipoteca que ella y sus tíos no podían terminar de pagar. Al final de la discusión, justo después de irse Eugenia a la calle, llegó Don Augusto con la intención de decirle que se arrepentía de todo lo que había hecho, porque lo que hizo lo había realizado con la intención de hacer feliz a Eugenia, olvidando su posible relación o casamiento mutuo.

El **decimosexto capítulo** tiene lugar justo cuando Eugenia sale a la calle y Augusto se dirige a su casa para pedir perdón. Eugenia se encuentra con su novio y le contesta que la situación que ellos padecían no podía seguir así porque no tenían dinero para poder casarse. Ésta le decía a su novio Mauricio que debía ponerse a trabajar cuanto antes. Éste comentó que no podía permitir ver a su mujer trabajando sola y manteniéndole a él, por lo que dijo que nunca iba a trabajar ella estando él. Pero el muy... (porque me da rabia este hombre), le dice que hay una solución para que no tenga que trabajar: casarse y hacer de Augusto su marido, mientras, a la vez, conviven juntos, y el dinero que el primero cobra, se lo da a Mauricio y a ella. Eugenia quedó desesperada y se fue corriendo a su casa muy enfadada y aturdida. Ya estaba esa misma noche Mauricio pensando en ligar con otra mujer...

Comenzamos el **decimoséptimo capítulo** cuando encontramos a Don Augusto y a Víctor charlando sobre sus cosas. Víctor le invita a recordar a Augusto la historia de Don Eloíno Rodríguez de Albuquerque y Álvarez de Castro. Éste era un hombre aficionado a Hacienda, que no llevaba una vida muy digna: diremos como un

nómada, porque viajaba de casa en casa. Una vez llegó a casa de una patrona llamada Doña Sinfo, se puso muy malo y, ésta, al ver que le estaba perjudicando el negocio, decidió que tenía que irse. Pero un amigo le propuso que se casara con ella, porque cuando él muriera, le dejaría a la pobre mujer algún dinero de la viudedad. Doña Sinfo pensó mejor y lo aceptó. Se casaron, y pasó lo que menos se esperaba: Don Eloíno mejoró saludablemente, lo que hizo que al final saliera perdiendo la desdichada patrona. Él se marchó y ambos se desearon suerte en la vida. Víctor dijo que estaba recogiendo datos para incluir este pequeño cuento en su *nivola* (novela modificada en la que predomina el diálogo entre los personajes), neologismo inventado por Miguel de Unamuno. En este capítulo también vemos por qué le cambió de nombre: cuando Manuel Machado cambió el nombre de soneto a *sonite* porque estaba elaborado en versos alejandrinos. Al final de capítulo se preguntó Augusto su lo que le pasaba a él era una novela, nivola o lo que fuera.

En el **decimoctavo capítulo**, justo después de que Augusto terminara la conversación con Víctor y se dirigiera a su casa, ve que Rosario ya estaba ahí con el planchado. Ambos dos se sentaron juntos y empezaron a charlar. Augusto le dijo que olvidara lo del otro día, que no tenía importancia. Siguieron hablando y éste le preguntó si tenía novio, si estaba de verdad enamorada de él..., preguntas que la chiquilla no estaba muy dispuesta a contestar. Rosarito se dio cuenta al apoyar su cabeza sobre el pecho de Don Augusto que el corazón le martilleaba muy fuertemente. Augusto le hizo saber que se encontraba malo y, para curarse, le propuso hacer un viaje a un sitio muy lejano, ésta dijo que encantada. La muchacha se fue y Augusto se acostó un poco en la cama para meditar. Estuvo un poco con su perrito Orfeo, con el que le explicó la mentira que significa la palabra en el mundo social y otras cosas por el estilo. Más tarde, avisados por Liduvina, fueron a cenar.

Hablando del **decimonoveno capítulo**, vemos que Doña Ermelinda se dirige a casa de Don Augusto. El motivo es porque ésta mujer quiere que él y su sobrina Eugenia se reconcilien y vuelvan a ser amigos. Pero no era ése el único objetivo, porque también quería que les dejase Augusto aceptar lo de la hipoteca, cosa que él ya había cancelado. Estuvieron un rato discutiendo de que si Eugenia le quería ahora que no tenía al otro, entre otras cosas, pero al final todo quedó en paz y con la esperanza de que Don Augusto vuelva a casa de Doña Ermelinda. El hombre se salió a la calle y se dispuso a pasearse por la estancia. Estuvo, como es tradicional en esta obra, meditando sobre quién era él mismo, el por qué de quererle Eugenia ahora que se había quedado sin Mauricio, por qué todo es como es... Recorrió las calles nada más que meditando como un zombie.

El **vigésimo capítulo** comienza preguntándose Augusto si habría hecho bien en decirles a Doña Ermelinda y Rosario lo del viaje lejano que quería realizar. De pronto, vino Liduvina e informó al señorito que había llegado Eugenia. Entró y, algo perplejo, Augusto y ella se quedaron un rato hablando. Ésta fundamentalmente le dijo que le habían estado engañando a ambos, uno respecto del otro, algo de lo que quedó el convencido. Le pidió a Eugenia si podían comprometerse, pero ella no lo aceptó. Se marchó y a la misma vez vino Rosario. Quedáronse hablando el señorito y ella y lo más fuerte que le dijo fue que Eugenia le estaba engañando. Al principio no le creía pero luego se fue convenciendo poco a poco. Cuando Rosarito se marchó, Augusto estaba hecho un lío, pensaba que ambas mujeres le iban a volver loco. Para relajarse, llamó a su criado y echaron una partida al tute. Le pidió consejo y Domingo le dijo que en su situación, lo mejor era estar con las dos mujeres, lo que le complicaba aún más la cabeza.

El **vigésimo primer capítulo** comienza cuando Don Augusto y un amigo suyo llamado Antonio, se quedan hablando sobre las cosas de cada uno. Antonio le cuenta una historia que ha sufrido él y que le ha perjudicado bastante, pero que también le ha traído sus cosas buenas: Don Antonio se casó de joven con una muchacha que él quería mucho, que estaba loco por ella. Una noche, cuando todo iba bien, su mujer se fue con otro hombre que había dejado a su mujer y a una hija de corta edad. Antonio y la otra mujer sufrieron muchísimo. Un día quedaron para estar juntos y ver cómo se encontraba anímicamente cada uno. A partir de ahí, vivieron juntos y hasta tuvieron cuatro hijos, a petición de su hija Rita, la del ladrón. En verdad, nunca se quisieron de verdad, pero hay que ver cómo se formó esta familia. Antonio no había vuelto a saber nada sobre su antigua mujer, ni su mujer sobre su antiguo marido. Augusto quedó boquiabierto al oír la historia que le había contado

su amigo Antonio.

En el **vigésimo segundo capítulo**, empieza la conversación entre Augusto y su amigo Víctor. El primero le pregunta cómo habían recibido el nuevo hijo en casa. Víctor le dice que nunca hubiera creído la felicidad que les trajo el intruso. Salió a la luz la historia del *fogueteiro* que hacía alusión a cómo la gente les valoraba a ellos, los padres, justo después de haber tenido el hijo (les hacían viejos). Y en relación a esto, Víctor le dijo a Augusto que no se casara nunca, si quería disfrutar de una juventud por siempre. Le dijo que se metiera a filósofo, filósofo de la psicología femenina, para que se entretuviera durante el resto de su vida. Ambos se despidieron y cada uno se fue por su lado.

En el **vigésimo tercer capítulo**, Augusto, justo después de que le pasara algo terrible (¡se había enamorado de Liduvina!) fue a visitar a un importante filósofo de la psicología femenina: el Señor Antolín Sánchez Paparrigópulos, un importante erudito que luego a luego, de una forma muy técnica y precisa, le fue contando a Augusto lo que tenía que hacer. La idea que quería dar a Augusto era contradictoria a la de Víctor, porque él pensaba que como mejor se averiguaba los fundamentos de la psicología femenina era experimentando directamente con ella. Después de contar toda su vida en modo narrativo, no en forma de diálogo, estuvieron charlando ambos dos y llegaron a un acuerdo: Augusto tendría que casarse con una de las dos mujeres a las que optaba o buscar una tercera a la que conquistar. Dos no debía porque según el erudito antes mencionado, dos rayas no cierran espacio. Augusto marchó y se quedó un rato meditando sobre lo que le había dicho.

Acabó de salir de la entrevista con Paparrigópulos y comenzó el **vigésimo cuarto capítulo**. Augusto iba hacia su casa reflexionando sobre lo que el anterior erudito le había dicho. Al llegar a casa se le ocurrió una gran idea, que consistía en intentar ser novio de Eugenia, pero, a la misma vez que se afirmaba él mismo en lo dicho, tal era su contradicción. Pensó que eso dependería de si Eugenia tenía don de palabra. Pasado un rato, vino Liduvina y le informó de que había llegado Rosario. Antes de entrar, le preguntó que si el don de palabra es posible en las mujeres. Le contestó que ello depende de la palabra. Entró Rosario y algo parecido le dijo. Después de un rato charlando sobre dicho tema, Augusto la cogió y la llenó de besos y cometió acciones muy cercanas a la locura, cosas que sólo hacen los deficientes mentales. La mujer llegó a pensar que estaba loco. Le mandó que se fuera y después marchó a la calle, para despejar sus ideas.

El **vigésimo quinto capítulo** comienza con la conversación entre Augusto y su amigo Víctor. El primero le pregunta que qué es lo que debe hacer, porque se encuentra en una situación alarmante. Víctor, cambiado de opinión con respecto a capítulos anteriores, le dice que lo que debe hacer es casarse, cuanto más rápido, mejor. Le dice que la única psicología femenina es el matrimonio, algo parecido a lo que le había dicho anteriormente Paparrigópulos. El capítulo finaliza cuando debajo de las últimas líneas, en línea cursiva, nos relata Miguel de Unamuno, el autor de Niebla, que ¡Cuán lejos estarán estos infelices de pensar que no están haciendo otra cosa que justificar lo que yo estoy haciendo con ellos!. Este fragmento nos quiere decir que él es el dios de éstas criaturas que están buscando lo que Unamuno está haciendo por ellos.

El **vigésimo sexto capítulo** empieza cuando Augusto se dirige a casa de Eugenia para pedirle la mano como mujer, algo que él ve como muy difícil. Pero las cosas, aunque parecen lo contrario, son totalmente opuestas a lo que piensa Augusto, porque después de una conversación en la que éste le intentaba conquistar, ella sin más, le concede la mano. Lllaman al tío de Eugenia, Fermín, para dar parte de ello, y él se alegra plenamente y nos dice que ya lo suponía de antes. Más tarde llega la tía que, al enterarse, propone a Augusto a quedarse a comer, el cual acepta sin más remedio.

En el **vigésimo séptimo capítulo**, se nos dice que Augusto ha empezado una nueva vida al estar comprometido con Eugenia. Ésta, sin embargo, no le deja hacer muchas cosas que él quisiera... Más tarde, Augusto le pide que toque el piano para componer unos versos sobre ella. Empieza a tocar no con mucha gana y Augusto escribe seis estrofas (romances, porque riman con arte mayor –11 sílabas cada verso– los pares quedando libres los impares) que nos muestran la predilección que él tiene por ella. Después de este bonito poema, ambos dos empiezan a conversar sobre la boda y esas cosas, hasta que ella le informa de que Mauricio

le sigue persiguiendo para comprometerse con ella. Entonces, Eugenia le propone que le busque un trabajo para que le dejara a ella en paz, y que además fuese muy lejos. A la mañana siguiente, ya tenía Mauricio un nuevo empleo.

Al día siguiente, justo cuando comenzaba el **vigésimo octavo capítulo**, llegó Mauricio a casa de Don Augusto, el cual se enteró de que había llegado por medio de Liduvina. El supuesto ex-novio de Eugenia, le dio las gracias a Augusto por el nuevo trabajo que le había conseguido. Y además le hizo saber que a su largo viaje se iba a llevar también a Rosario. Augusto palideció y estuvo a punto de estrangular a Mauricio. Pensó que Mauricio se enamoraba de Rosario, que antes Augusto (el que estaba pensando) había despreciado y que él se enamoraba de Eugenia, mujer antes despreciada por el malhechor Mauricio. Justo después de irse, Augusto tuvo que ir a preguntar a sus dos criados si estaba soñando, algo de lo que él no quedaba muy asegurado. Pero luego llamó a Orfeo, el cual sí le dio una respuesta clara, lamiéndole a la vez la barba.

Faltaban, al comienzo del **vigésimo noveno capítulo**, sólo tres días para la boda entre Augusto y Eugenia. Ambos estaban unidos, pero Eugenia se reservaba, porque decía que ambos debían respetarse. Empezaron una conversación en la que Eugenia mencionó dónde podría estar Rosario, sabiendo ella que Augusto creía que se había ido con Mauricio y que además era mentira, para refregárselo en los morros. Augusto quedó consternado, al creer que Mauricio se había llevado la mujer que Augusto despreció. Al día siguiente, recibió una carta de remitente por parte de Eugenia en donde ésta le daba gracias a Augusto por todo lo que había acabado de hacer, mientras ella viajaba con Mauricio al lugar donde iba a trabajar. Charló unos instantes con los tíos de Eugenia sobre lo sucedido y regresó a casa donde le comunicó a Liduvina todo lo acontecido; se encerró en su cuarto, y a la misma vez que le llegaban imágenes de Eugenia y Mauricio, rompió a llorar desesperado y deprimido.

El **trigésimo capítulo** comienza con la conversación entre Víctor y Augusto, este último muy consternado y deprimido. Víctor, al ver que su amigo ha sido rechazado y engañado por la mujer con la que iba a contraer matrimonio dos días después del suceso, le aconseja vivamente que lo que debía hacer era devorarse, con el pretexto de que *pienso, luego existo*. Augusto estaba muy indeciso y confundido, no sabía qué hacer, y hasta pensaba ya en suicidarse. Víctor se marchó dejando a un Augusto que estaba muy mal.

En **trigésimo primer capítulo** comienza cuando Augusto se dirige a Salamanca, para hablar con Miguel de Unamuno, autor de Niebla. Augusto se dirigía allá porque anteriormente había leído un ensayo suyo que hablaba sobre el suicidio, algo que estaba dispuesto a hacer. Ambos estuvieron charlando un rato, mientras Unamuno le decía que él era un ente de ficción y que no existía. Augusto, paranoico, le dijo que estaba dispuesto a matarle a él, a su propio creador, a su dios. Unamuno, muy consternado y enfadado, le dijo que el que iba a morir era Augusto. Éste último, muy confuso, le suplicó que no lo matara, que a pesar de todo él no se iba a suicidar, pero, al ver que no lo convencía, le empezó a decir, justo antes de irse, que igual que todos los lectores de este libro y todos los que viven, él morirá. Cabizbajo, salió a la calle, sin despedirse de Miguel y se dirigió al tren que le llevaría de vuelta a casa.

Al comienzo del **trigésimo segundo capítulo**, estaba Augusto en el tren de vuelta a casa pensando en cómo había sido su vida durante los últimos años que él había vivido. Contaba los minutos que faltaban para llegar a casa sin dejarse ni uno solo. Estaba muy triste. Llegó a casa y le dijo a Liduvina que él no existía, que sólo era un ente de ficción, que era pura fantasía... La señora, creyendo que se encontraba mal, llamó a su marido Domingo para que fuese a ver lo que le pasaba a su señorito. Augusto empezó a pedir comida hasta tal punto de no poder comer más. Su criado le invitó a dar un paseo, pero él no lo aceptó porque no tenía fuerzas ni para tenerse en pie. Le escribió una nota para dársela a Unamuno que decía: *Se salió usted con la suya, he muerto*. Se acostó y le pidió a su criado que se quedara en la otra cama al lado suyo. Se quedó durmiendo pensando a la vez sobre su propia existencia. De repente, se levantó gritando el nombre de Eugenia y se desplomó muerto sobre la cama. Llamaron al médico, pero de nada sirvió: ya estaban pensando en preparar el entierro.

El **capítulo trigésimo tercero**, comienza dándonos el propio autor de esta obra a conocer que había recibido

el telegrama enviado por el criado de Augusto. Unamuno se había arrepentido de haberle matado, y hasta pensó en resucitarle. Poco después de acostarse y de haberse dormido, se le apareció la figura de Augusto en sueños, al cual le dijo que posiblemente le iba a resucitar. Pero Augusto le hizo saber que no podía resucitarle, al igual que otras figuras de la literatura, como Don Quijote. Unamuno pensó en dar solución al soñar sobre él otra vez, pero Augusto le informó de que no se puede soñar dos veces un mismo sueño. Más tarde, se despidió de él y desapareció. Unamuno, que soñaba morir, se despertó de pronto con una cierta opresión en el pecho. Y este es el resumen de la historia de Don Augusto Pérez.

RESUMEN DE LA ORACIÓN FÚNEBRE POR MODO DE EPÍLOGO.

En casi todos los finales de las obras, se suele dar información de cómo corrió la suerte a los demás personajes, pero en esta obra Unamuno no lo hace así, a excepción de Orfeo, el perrito de Augusto. Nos dice que el mencionado cachorro, al ver a su amo sobre la cama y quieto, se subió a ella y empezó a olfatearlo. Se dio cuenta de que no vivía porque echaba como un olor a muerto, y además, ya no respiraba. Con las lágrimas en los ojos, empezó a pensar sobre el que anteriormente fuera su amo y su dios, y todo lo que le debía. Sentía mucha pena por lo que había sucedido. Lleno de pena, murió también. Sus restos fueron luego recogidos por los amos, quienes dijeron: *¡Y luego dirán que no matan las penas!*